

STARCRRAFT®

HEART OF THE SWARM



Lost Vikings

por Matt Forbeck

—No estamos preparados para esto. —Erik Snabb se retorció en el arnés de su vikingo mientras la nave se desplazaba rápidamente a través del gélido cielo azul de Braxis. La indómita máquina se manejaba con la misma dificultad que una mula de alquiler, y a él le daban ganas de dominarla y domarla como tal. Tal vez debería hacer lo mismo con el ingeniero al que se le ocurrió ponerle alas a un caminante de guerra y obligarlo a volar.

—Habla por ti, novato —gruñó el comandante Stortand Varg a Erik a través del canal de comunicación abierto—. Ya sabías en lo que te metías cuando te presentaste voluntario.

Los demás miembros de la tripulación se rieron. Las mejillas de Erik ardieron ante la humillación. Al menos le consoló el hecho de que nadie pudo ver ese detalle.

Entonces el rostro desfigurado y castigado por la guerra de Varg apareció en la pantalla de Erik, y le observaba con una mirada iracunda. Hacía tiempo, un hidralisco le había destrozado la cara al veterano con una de sus enormes garras, y este no se molestó en interesarse por la cirugía reconstructiva hasta que ya era demasiado tarde para que supusiera una mejora. La cicatriz le atravesaba la boca, lo que hacía que sus labios se retorciesen en una mueca permanente que dejaba a la vista las piezas metálicas que ocupaban el lugar de los dientes perdidos en la batalla.

Para Erik, el rostro de Varg hacía las veces de cruel recordatorio de los horrores de la guerra que pretendía dejar atrás. Había pilotado un espectro para el Dominio durante algo más de un año durante el servicio militar; una experiencia que disfrutó de principio a fin. Erik jamás se sintió tan vivo como cuando se encontraba tras los mandos de un caza; en esos momentos sentía el poder en sus manos, y además se encargaba de mantener la galaxia segura para los terran.

Se sentía en la obligación de emplear su talento y sus habilidades como piloto de combate en las mejores causas. Luchar a favor del Dominio contra las fuerzas que lo amenazaban en sus inicios le pareció la mejor manera de ayudar a la mayor cantidad de gente posible. Y el hecho de que

ello le proporcionase la oportunidad de pilotar las máquinas más potentes y mortíferas no le disuadía precisamente de la labor.

Todo esto duró hasta que conoció y se enamoró de Kyrie. Por más que adorase volar, sencillamente no podía soportar dejarla. Había visto la forma en que Kyrie lloraba por él cada vez que salía hacia la batalla: le aterrorizaba no volver a verle. Y comprendió que no podía someterla a tales sufrimientos para siempre, o lo que es peor, obligarla a llorar su pérdida.

Desde luego, sus superiores no se alegraron de su renuncia. Le sermonearon acerca del hecho de que el Emperador había invertido una fortuna en su entrenamiento, por lo que debía pasarse toda la vida amortizando esa inversión. Pero finalmente, incluso a pesar de que una parte de Erik estaba de acuerdo con los argumentos de los oficiales, abandonó. En cuanto se enteró de que Kyrie estaba embarazada, ni el mismísimo emperador Mengsk en persona habría sido capaz de convencerle.

Tan pronto como terminó el servicio militar, se casó con Kyrie. A modo de regalo de bodas, se armó de valor, preparó el equipaje de Kyrie y de su dulce hijita, Sif, y las montó en un transporte interplanetario que las llevó a Braxis.

El solitario y congelado Braxis se encontraba tan alejado del resto del Dominio que Erik esperaba no caer en la tentación de volver a la acción. Estuvo a punto de hacerlo en un par de ocasiones al ver las noticias en la UNN, pero en ambos casos recuperó la cordura antes de llegar a un puerto estelar.

Siempre acababa volviendo a su trabajo como piloto de transporte en las heladas tierras baldías de Braxis y acarreando mercancías de un asentamiento a otro, así como minerales preciosos de las minas a las refinerías. El sueldo era bueno, a pesar de que le mantenía alejado de Kyrie y Sif durante días. Y también le proporcionaba demasiados momentos de soledad para reflexionar en sus asuntos.

En el momento en que habló de abandonar el planeta, Kyrie supo a lo que se refería.

—No consigues olvidarlo —dijo ella—. Aquí llevamos una buena vida. Estamos seguros, alejados de los problemas de un tipo que pretende construirse un imperio propio. Es el tipo de lugar en el que nuestra hija tendrá la oportunidad de crecer conociendo tanto a su madre como a su padre. ¿Por qué quieres cambiarlo?

Erik se encogió de hombros.

—Aquí no me siento tan útil, eso es todo. La Historia se está desarrollando ahí fuera, en algún lugar... y nosotros no vamos a presenciar ni las notas al margen.

Kyrie movió la cabeza con gesto de desaprobación.

—¿Y me vas a decir que eso es más importante que tu matrimonio? ¿Más importante que tu hija tenga un padre? Dime que lo es, y entonces lo consideraré.

Erik quiso mirar para otro lado, pero ella le agarró la barbilla y le obligó a mirarla.

—Vamos —dijo—. Inténtalo.

No pudo hacerlo. La tomó entre sus brazos y la abrazó hasta que la necesidad de irse se disipó. Le llevó muchísimo tiempo.

De modo que volvió a su trabajo y trató de sacarle el mayor partido. Si iba a ser un mero transportista, al menos se convertiría en el mejor transportista del lugar. Lo hizo bien, y ascendió en la organización. Los jefes le mantenían cerca de casa y solo le asignaban viajes cortos para que pudiese pasar más tiempo con su familia.

Estaba en paz. Se sentía conforme... incluso feliz.

Y entonces llegaron los zerg.

Todo el valioso metal que Erik había estado transportando en el planeta resultó ser tan valioso para los zerg como para los terran. Los alienígenas no enviaron una señal de advertencia antes de la invasión. No hicieron reivindicaciones. Sencillamente se desparramaron por el planeta y cogieron todo lo que quisieron, asesinando a todo el que se pusiese en su camino.

Kyrie estaba llorando cuando Erik llegó por fin a casa. Sif, la dulce Sif con sus ojitos azules, había hecho todo lo posible por consolar a su madre, pero no lo había conseguido. La niña sintió tal alivio al ver a su padre que corrió hacia él y se lanzó a sus brazos en cuanto abrió la puerta. Entonces, cuando por fin se sintió segura, también se permitió desahogarse con el llanto.

Erik había estado escuchando los informes de la UNN de camino a casa. Sabía que el planeta estaba perdido, al menos el Braxis que él conocía. Solo era cuestión de tiempo que los zerg acabaran con todos los terran del planeta. Incluso si el Emperador enviase fuerzas para detenerlos, la guerra entre ambos bandos destrozaría los asentamientos sin remedio. Erik, Kyrie y Sif tenían que irse en ese instante y esperar que algún día pudiesen volver a recuperar lo que quedase.

Estaban empaquetando sus cosas para la evacuación cuando llegó la llamada. El reclutador local le dijo a Erik que el ejército había ideado un plan para frenar a los zerg, al menos durante un tiempo. Con suerte, los retendrían hasta que la mayor parte de la población del planeta tuviese tiempo para escapar. Pero el Dominio necesitaba más pilotos preparados para el combate para poder llevar a cabo ese plan desesperado, y los necesitaba en ese mismo momento.

Al oír esto, Kyrie sintió la necesidad de actuar:

—Debes ir —dijo mientras se enjugaba las lágrimas de la cara—. Haz todo lo que puedas. Te estaremos esperando cuando vuelvas.

Erik solo se demoró el tiempo necesario para darles a Kyrie y a Sif un beso de despedida antes de apresurarse a la cita con el reclutador.

Al cabo de unas horas, Erik se encontraba en la cabina de un vikingo, formaba parte de una unidad de veteranos destinada al risco norte de las Montañas Grendel, el lugar en el que los mandos decían que los zerg habían aterrizado con sus fuerzas invasoras. Hacía más de tres años que Erik no pilotaba un caza, y confiaba que el músculo de la memoria, en el que tanto confiaba durante su época en activo, funcionase de forma instantánea.

Pero el vikingo resultó un mayor reto de lo que esperaba. Los mandos corcoveaban entre sus manos como si fueran las riendas de un caballo salvaje. Tenía que estar pendiente de demasiadas cosas, y no había tenido ni un maldito segundo para probar el estúpido artefacto antes de que le ordenaran pilotarlo.

—¿Seguro que no tenéis un espectro por ahí? —le preguntó Erik al armero cuando este le dijo que pilotaría un vikingo.

El tipo se rió y sacudió la cabeza.

—Los pocos que teníamos están ayudando en la evacuación. Tú vuelas con Varg. Llevarás un vikingo.

Erik había pasado tanto tiempo en su espectro que era como una extensión de su cuerpo. El vikingo, sin embargo, era como una profanación, como si le hubiesen añadido quirúrgicamente un par de piernas, tres brazos y una cola prensil. El problema no era que no supiera manejar ni una sola de las piezas individualmente; sino que no era capaz de comprender el modo de coordinarlas de un modo que no le diera la sensación de que iba a tropezarse y a caer... o más bien a estrellarse.

Por supuesto, todos los demás miembros del equipo habían pasado montones de horas, algunos cientos, en estas naves. Los pilotos trabajaban juntos como una máquina bien engrasada, no solo manejaban sus vikingos con la precisión de un maestro de esgrima, sino que además eran capaces de anticipar los movimientos de sus compañeros. Daba la sensación de que sus acciones habían sido coreografiadas y ensayadas hasta la saciedad. El equipo funcionaba como un todo sin fisuras, de no ser por la rotura dentada y abrupta que suponía la presencia de Erik.

Erik nunca había pilotado un vikingo antes; uno de verdad, no un simulador. Y tampoco conocía ni había trabajado con ningún otro miembro de la tripulación. Había oído hablar de Varg, que era una auténtica leyenda en Braxis, pero el resto del equipo era un misterio para él. Si existía un eslabón débil en esta cadena, Erik tenía claro quién era. Tan solo le quedaba desear no meter la pata y acabar con todos ellos.

—Casi hemos llegado, chaval —dijo Varg, interrumpiendo las ensoñaciones de Erik—. El momento de arrepentirse pasó justo cuando despegamos.

—Quería defender a mi familia —respondió Erik, con la intención de explicarle a Varg por qué se había presentado voluntario para la misión—. No sabía que tendría que pilotar uno de estos.

—Tenías que decidir si ibas a luchar o no —añadió Varg—. Nosotros esa opción no la tuvimos. Lo que no te han dado a elegir es el arma.

—Yo entiendo cómo se siente. —Era la voz de Olaf Kraftig, un hombre con la corpulencia de un oso que volaba en el flanco de estribor de Erik—. Estos bichos son una mezcla extraña. ¿Un caminante blindado que puede convertirse en una nave? No me parece lo más natural del mundo.

Varg se rió ante el comentario.

—¿Qué dices tú a eso, Antorcha?

"Antorcha" era el apodo de la capitana Drake, una alborotadora pelirroja con la que se encontró Erik en el hangar. No hablaron, pero ella le saludó con ademán rápido cuando él subía a su vikingo; él respondió al saludo, más por reflejo que con intención real.

—Es una máquina capaz de todo —dijo ella. Tenía una voz tan áspera que Erik se preguntó cómo se la habría dañado. Nadie tiene una voz tan ronca y gutural de forma natural—.

Superioridad aérea y capacidad de apoyo en tierra. ¿Qué podría haber mejor?

—Mejor pregúntaselo a Johan —replicó Baleog Grym con tono amargo—. Él pilotaba la máquina del joven Erik hasta la semana pasada.

El quinto miembro del ala, Baleog, prácticamente no le había dirigido la palabra a Erik durante todo el trayecto. Parecía molestarle la presencia de Erik, daba la impresión de que opinaba que el ala funcionaría mejor sin él. Y Erik no estaba seguro de disentir.

—¿Qué le pasó a Johan? —preguntó Erik.

—Deja eso en paz —respondió Baleog tan grave como siempre—. Si todavía estuviera aquí, Varg no habría pedido la ayuda de voluntarios para reemplazarle.

Olaf reclinó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Muy cierto!

—Murió en un accidente de entrenamiento —dijo Antorcha—. Perdió el control de su nave mientras la transformaba de caminante de asalto a caza aéreo. Se estrelló contra el suelo.

—Ocurre con más frecuencia de lo que crees —dijo Varg—. Pilotar un vikingo no tiene nada de fácil. Solo los mejores son capaces de hacerlo.

Baleog soltó un gruñido.

—Los mejores o los más desesperados.

—Bueno —arguyó Antorcha—, no es que nos sobren montones de pilotos terran experimentados estos días en Braxis. Varg no habría pedido la ayuda de Erik si hubiera tenido otra opción.

A Erik se le cayó el alma a los pies.

—¿Tan desesperados estáis?

—No te habría elegido si no pensara que eres capaz —dijo Varg—. En un ala es preferible que falte una nave a tener un mal piloto en el equipo.

—Eso es verdad —añadió Baleog.

—Miré tu historial militar antes de llamarte. Tus antiguos camaradas dijeron que eras el mejor piloto que habían visto en su maldita vida. Que batías todos los récords de muertes en tu unidad.

—¿Es eso cierto? —preguntó Antorcha.

—Digamos que sí —respondió Erik sin el más mínimo orgullo.

—Bueno, no hay suficientes terran en Braxis y punto —dijo Baleog dejando entrever a regañadientes cierto respeto en su tono de voz—. No desde que los protoss lo hicieron saltar por los aires.

—¿Has visto fotos de cómo era antes? —preguntó Antorcha—. Era casi completamente llano y redondo como una canica, con alguna que otra montaña suelta. Un sitio bastante vulgar. No como ahora, claro.

Erik había pasado mucho tiempo sobrevolando la superficie congelada del planeta. Algunos decían que Braxis era un cementerio congelado. Erik prefería verlo como una pizarra limpia.

Le maravillaba la forma en que se había rehecho después de que el calor apocalíptico de la devastación protoss convirtiera toda el agua congelada del planeta en vapor. Como dijo el Sr. Wotan, uno de los primeros terran en repoblar Braxis: puede que la mayor parte de la superficie del planeta se haya vaporizado, pero eso no quiere decir que haya desaparecido.

Después de que la terrible tarea se llevara a cabo y de que los protoss abandonasen el lugar, el planeta volvió a enfriarse, y todo el vapor de agua de la atmósfera se convirtió en nieve y en granizo. Las tormentas debieron de ser casi tan terroríficas como la devastación que las precedió, precipitaciones tan copiosas como océanos que caían para volver a cubrir la tierra calcinada que quedaba al descubierto por primera vez. Este clima disparatado fomentó la creación de gigantescas estructuras cristalinas que parecían imposibles, se erguían como monstruosas obras de arte, o como juguetes de un dios muerto.

En muchos puntos, el hielo se había conformado más sólido que nunca. En otros se habían formado una especie de celosías que parecían seguras pero que no eran fiables. Posiblemente fueran capaces de soportar toneladas de agua congelada sin desplomarse por su propio peso, pero la cantidad justa de presión o el ángulo equivocado podría provocar el derrumbe de toda una zona. Él no había tenido que hacer nunca un aterrizaje de emergencia en los baldíos, pero Erik había oído historias de algunos que al tratar de hacerlo, se encontraron con que el hielo se tragó la nave entera.

—Sí —dijo Erik—. Está distinto, pero es bonito.

Las palabras se le escaparon de la boca antes de que se diera cuenta de que lo pensaba realmente. Había aprendido a apreciar su nuevo hogar desde que se mudó allí con su familia. Era una lástima que lo descubriera ahora, cuando los zerg estaban a punto de expulsarles.

—Has llegado hasta aquí; lo vas a hacer bien, chaval —dijo Varg—. Ha llegado la hora de que cerremos el pico y nos concentremos en la misión que tenemos entre manos. Llegaremos a la zona de aterrizaje en 60 segundos.

A pesar de las palabras de ánimo de Varg, Erik se encogió ante la idea de lo poco preparado que estaba para la misión. El vikingo no ayudaba. Los movimientos que hacía le parecían incorrectos, al menos si los comparaba con los del espectro que tan bien recordaba.

—Vamos a atacar por tierra —dijo Varg—. Tenemos que acercarnos a unos cuantos clicks de distancia de la zona de infestación zerg y caminar desde allí. Los mandos creen que eso nos permitirá acercarnos al punto problemático antes de que empiecen a dispararnos.

Se había corrido el rumor de que los zerg habían aterrizado en el extremo más lejano del planeta; se trataba de fuerzas preliminares que pronto florecerían en una invasión total. Braxis era lo bastante grande como para acoger a ambas especies, pero a los zerg no les gustaba compartir.

El Dominio había lanzado un ataque aéreo contra la infestación, pero los zerg aniquilaron a los terran antes de que estos llevasen a cabo la misión. En ese momento fue cuando a alguien en la estructura de mando se le ocurrió la brillante idea de enviar a los vikingos. Poco después, reclutaron a Erik.

La evacuación de todo el personal que no fuese imprescindible ya había comenzado, y Erik había planeado irse con su familia. No pensaba que el Dominio le necesitase si ya habían decidido abandonar el planeta. Tal vez no debería haber respondido cuando le llamaron, pero en cuanto se enteró de quién le reclamaba, supo que su separación de la carrera militar había terminado.

Sif y Kyrie seguía en la lista para salir con la segunda o tercera ronda de evacuados. Se despidieron de él esa mañana. Erik y Kyrie habían acordado no explicarle a Sif lo que estaba

ocurriendo, por lo que tan solo le dijeron que ella y mamá se iban de viaje y que papá se uniría a ellas en cuanto pudiera.

Despedirse de ellas con un beso, consciente de la posibilidad de no volver a verlas, pero sin poder decir nada para no poner en alerta a su inteligente hija fue lo más duro que había tenido que hacer en su vida.

Hasta el momento.

—Hemos llegado, Erik —dijo Varg a medida que los vikingos descendían hasta una zona nevada vacía—. Quiero que aterrices el primero. ¡Cambia a modo de asalto ya!

Erik tiró del vikingo hacia atrás todo lo que pudo y golpeó el botón para desplegar las patas de la nave. De haber hecho algo así con cualquier otra máquina se habría ahogado el motor, lo que, a esta altitud, habría sido letal. El frenazo le lanzó contra el arnés, que le sujetó bien contrarrestando la salvaje inercia. Ahora comprendía por qué el vikingo tenía más del doble de tiras, almohadillas y revestimiento que el espectro. Los salvajes altibajos por los que pasaba la nave al pasar de un modo a otro eran sencillamente brutales.

Tal y como ordenó Varg, Erik fue el primero en posar las patas de su caminante en tierra firme. Aterrizar con un vikingo era una de las maniobras más difíciles para la flota. Si se iba a estrellar, sería mejor que no se llevara por delante a ningún otro miembro del equipo en el accidente.

Erik había sobrevolado las baldías tierras congeladas de Braxis en más ocasiones de las que era capaz de recordar, pero siempre había estado seguro en su transporte, siempre a una distancia de un klick o más en lo alto. Esta era la primera vez que se encontraba tan cerca de la superficie del planeta en una zona que no fuesen los pocos asentamientos que este tenía. Se preguntaba si la nieve soportaría su peso o si se hundiría en lo que fuera que esta cubría, y especulaba con lo profundo que eso podría llegar a ser.

La nieve sí que cedió ante las toneladas del vikingo, pero las patas del caminante tocaron suelo firme a tan solo medio metro por debajo de la capa de nieve. Si lo que le sostenía era roca, hielo o cualquier otra cosa, no había manera de que Erik lo supiera. Él tan solo se sintió agradecido de que estuviera allí.

Rodeado por la densa nube blanca que había levantado al aterrizar, Erik no veía nada. Avanzó trabajosamente con la máquina entre la densa y compacta nieve. Las patas del vikingo cortaban la materia como si no estuviese allí, pero el movimiento daba la sensación de ser trabajoso.

Erik solo había pilotado caminantes civiles hasta el momento, los utilizaba para ayudar a descargar la mercancía de su transporte de vez en cuando. Esa era posiblemente otra de las razones por las que Varg le había escogido a él para el trabajo. No había muchos pilotos que tuviesen experiencia con caminantes, aunque solo fueran las carretillas elevadoras que se empleaban en un centro de distribución.

No sabía lo suficiente sobre caminantes militares como para comprender si el movimiento de la máquina era normal. ¿Sus extraños andares se debían a la naturaleza del vikingo en sí o tendrían que ver con el clima? Supuso que en realidad no importaba demasiado. Fuera como fuese, tendría que aceptarlo y hacerse cargo.

Una vez que consiguió salir del remolino que él y los demás habían formado en la zona de aterrizaje, Erik se detuvo para observar el paisaje. Una cadena montañosa cubierta de nieve se apiñaba en la zona que su monitor le indicaba como el Oeste. O tal vez se tratase de montañas de nieve. No podía distinguirlo desde esa distancia.

Planicies heladas se extendían de Norte a Sur; el viento levantaba y ondeaba el polvo amarillo que se elevaba por los aires vaporoso. No había nada que obstruyese la visión de Erik hasta el oscuro horizonte excepto las nubes tormentosas que se apelotonaban en la distancia, atravesadas por descargas de rayos, y preñadas de tormenta de nieve.

El cielo se iluminó por el Este, donde los primeros rayos de sol luchaban por atravesar la constante cobertura de nubes. Iluminaban un amplio sistema montañoso que se extendía a lo largo de varios clicks en ambas direcciones, y que formaba un risco cristalino de al menos cientos de metros de alto. En otras circunstancias, la vista habría dejado a Erik anonadado por su cruda belleza. En vez de eso, la visión de una infestación zerg que surgía del risco estuvo a punto de revolverle el estómago.

El tiempo que sirvió Erik en el ejército se lo pasó luchando contra otros terran, sobre todo rebeldes. Había seguido los enfrentamientos contra zerg y protoss en otros lugares a través de los informativos de la UNN, pero nunca le ordenaron entrar en combate contra alienígenas. Había visto zerg muertos antes, pero nunca había visto uno vivo, de no ser a través de una pantalla. La mayoría de terran que habían vivido tal experiencia, no solían tener la suerte de sobrevivir.

La forma en que esos bichos se retorcían por los salientes del risco, desapareciendo de pronto para aparecer más tarde desde los agujeros que devoraban o taladraban, le recordó a una infestación de termitas que presencié de niño. Las termitas demolieron la infraestructura de la su casa familiar. El exterminador les dijo que el lugar estaba demasiado dañado como para salvarlo. La única alternativa que quedaba era la de destruir la casa por completo.

Erik se preguntó si Braxis habría llegado a ese punto de no retorno. No sabía lo que costaría eliminar a los zerg del planeta, pero si se había infiltrado ya en la misma medida que lo habían hecho en aquel risco, no creía que hubiera más alternativa que el bombardeo orbital para desalojarlos de allí.

—¿Qué demonios estamos haciendo aquí? —preguntó Erik.

—Matar a los malos —respondió Varg—. En cuanto tengamos la más mínima oportunidad.

Erik miró su cámara trasera y descubrió que todos los demás habían surgido también de la zona de aterrizaje. ¿Soportaría el hielo sobre el que se encontraban tal cantidad de peso? Es cierto que los vikingos podían volar, pero cuando caminaban, causaban una impresión bastante profunda. Si se encontraban sobre un mar congelado, Erik se imaginaba atravesando la corteza superficial de hielo y desapareciendo entre las oscuras aguas de más abajo.

—Avancemos. —Varg comenzó una ardua marcha por la nieve. Con ello levantó una densa niebla. Erik y los demás le siguieron en fila rápidamente, de modo que el grupo hizo que la visibilidad descendiese a unos metros escasos.

—¿Cuál es el plan a partir de ahora? —preguntó Erik. Tal vez debería haber esperado a que Varg comenzase a vociferar las órdenes, pero necesitaba saber en lo que se estaba metiendo.

El comandante refunfuñó. A Erik le costaba mucho ver el blindaje trasero de Varg entre la nieve, y eso que caminaba a tan solo unos pasos de él.

—Tenemos que crear una distracción —dijo Varg—. Nuestro trabajo consiste en mantener ocupados a estos bichos hasta que el mando reúna el resto de fuerzas o decida que nos demos media vuelta y acompañemos a los civiles.

—Nos están usando como cebo —Baleog gruñó con aprobación a Varg—. Nos mandan al extremo más alejado de la infestación zerg y nos utilizan para evitar que sus fuerzas se dirijan a los asentamientos.

—Eso es —dijo Varg—. No tenemos que acabar con esos bichos. Solo tenemos que captar su atención el tiempo suficiente para que nuestro pueblo pueda escapar.

—¿Y qué hay de nosotros? —dijo Olaf.

Erik detestó al grandulón por hacer esa pregunta. Él mismo quería haberla hecho, pero temía la respuesta. ¿Seguro que era mejor saberlo?

—¿Eso, Varg? —añadió Baleog—. ¿Somos pérdidas aceptables?

—Pues claro que lo sois, joder. Todos los somos. ¿Qué es más importante un ala de vikingos o el resto de terran del planeta?

Siempre que "el resto de terran" incluyese a Kyrie y Sif, Erik tenía clara la respuesta a esa pregunta.

Avanzaron en silencio; los vikingos les llevaban cada vez más cerca del risco helado. A pesar de que Erik ya no podía verlo debido al remolino de nieve que los rodeaba, sabía que estaba ahí, y temía cada paso que daba en aquella dirección. Pero eso no le impidió seguir avanzando.

—¡Alto! —ordenó Varg, mientras elevaba uno de los cañones gatling de su vikingo para asegurarse de que todos le prestaban atención.

Erik y los demás se detuvieron al instante. La nieve que habían levantado se posó ondulante en el suelo. El sistema de control del clima del vikingo mantenía despejado el parabrisas de Erik, por lo que pronto pudo volver a ver el risco. Ahora se encontraba mucho más cerca.

Varg señaló el risco con un cañón gatling. Zánganos zerg se retorcían al entrar y salir de los incalculables túneles de la superficie helada. Algunas partes de dicha superficie aparecían cubiertas de biomateria, una sustancia que a Erik le recordaba a una tela de araña. Cubría gran parte de la cordillera, transformando el blanco brillante en un gris sucio.

Había unas criaturas suspendidas sobre el risco que Erik no acertaba a reconocer; se balanceaban de un lado a otro como medusas voladoras. No sabía de qué tipo de zerg se trataba,

pero su monitor los identificaba como superamos. Estaban rodeados de grandes cantidades de mutaliscos.

—Seguiremos por tierra hasta que estemos lo bastante cerca como para alcanzar a esos cabrones con toda nuestra potencia de fuego. Los vikingos se mueven demasiado rápido en el aire como para que podamos fijar de forma decente alguno de los objetivos de ahí delante.

Erik gruñó.

—No habría sido tan descabellado que los ingenieros que construyeron estas cosas hubieran incluido armas que fijaran objetivos inferiores.

Con su espectro había podido atacar tanto a enemigos terrestres como aéreos mientras sobrevolaba el campo de batalla, y la imposibilidad de hacerlo ahora le resultaba de lo más desagradable.

Baleog refunfuñó ante su comentario.

—El vikingo ha sido, y sigue siendo, el sistema cumbre de combate personal. ¿Quieres enfrentarte a un enemigo aéreo? Te pones a volar y disparas. ¿Quieres enfrentarte a un enemigo terrestre? Bajas y te manchas los pies. No hay arma más flexible ni más peligrosa. Desde mi cabina puedo alcanzar cualquier máquina terran y destrozarla. Te invito a que, si te crees capaz, te subas a cualquier otra máquina y trates de hacer lo mismo.

Erik masculló una disculpa.

—Solo era un...

Baleog le interrumpió.

—Puede que fueras el transportista jefe más cojonudo del lugar. Pero aquí no eres más que un cachorro con la boca muy grande. Así que, cállate y trata de aprender algo que tal vez sirva para evitar que nos maten a todos.

Erik no contestó.

Varg volvió a dirigir su cañón gatling hacia el risco.

—Avanzaremos rápido para evitar que se percaten de nuestra presencia y entonces les damos duro con la artillería pesada. En cuanto tengamos su atención, movilizarán tropas terrestres para que se ocupen de nosotros. Entonces, nos pondremos a volar y pasaremos a modo caza antes de que nos alcancen.

El extremo del cañón gatling de Varg se elevó para apuntar a los zerg aéreos.

—Y desde ahí, continuamos aniquilando a todos los bichos voladores que podamos. Centraos primero en los mutaliscos, los de las alas. Son la mayor amenaza.

—¿Y cuando acabemos con eso? —preguntó Antorcha. A Erik le gustaba que siempre se adelantase a los acontecimientos.

—Aterrizamos y nos vamos a por los bichos terrestres de nuevo. Y nos mantenemos ahí hasta que recibamos órdenes de volver a casa. ¿Está claro?

—Cristalino —contestó Antorcha. Y el resto se unieron a la afirmación.

El plan parecía bueno. Tenía la virtud de la simplicidad, cosa que Erik valoraba debido a su corta experiencia con el vikingo. En los tiempos en que pilotaba un espectro, sus mandos también habían empleado la misma táctica de ataque, pero sin la necesidad de aterrizar y volver a despegar. Erik sintió que le invadía la esperanza, cosa que no le pasaba desde que oyó hablar por primera vez de la invasión zerg.

A la señal de Varg, prosiguieron con la marcha. En cuanto se encontraron a una distancia que el comandante consideró suficientemente cercana a los zerg, ordenó que se detuvieran de nuevo. Cuando la nieve se posó esta vez, Erik pudo comprobar las auténticas dimensiones de la montaña, y deseó que se desvaneciese de su vista.

Desde esta distancia, Erik era capaz de distinguir el color de los caparazones de los zerg, los tonos amarillentos y los antinaturales verdes se entremezclaban con los marrones que recordaban a deshechos. También podía ver sus mandíbulas, que se agitaban y masticaban, y se le revolviéron las tripas de asco. Pero no tuvo demasiado tiempo para regodearse en la sensación de miedo que le iba invadiendo.

—¡Dadles duro!

Varg abrió fuego con sus cañones gatling y el resto de los vikingos se unieron al unísono.

Erik elevó sus propios cañones, colocados sobre cada uno de los hombros de su caminante, y disparó a discreción. Los cañones, como si se tratasen de mangueras de bombero, comenzaron a rociar proyectiles de metal que penetraban la dura corteza protectora de los zerg, la compacta y viscosa biomateria y el hielo agujereado que los sustentaba. El caparazón del vikingo protegía a Erik del estruendoso ruido de las balas, pero sí que era capaz de sentir un tamborileo constante de las descargas que se le metía hasta los huesos.

Baleog aullaba de alegría mientras el ataque de los vikingos convertía a los zerg del risco en una pasta morada viscosa, y Antorcha y Olaf se unieron al alarido. Los vikingos habían tomado por sorpresa a muchas de las criaturas, matándolas sin darles opción alguna a huir. Otras, sin embargo, habían conseguido escabullirse al interior del risco a través de los montones de túneles perforados en él, desapareciendo así de la vista.

—¡Seguid así! —dijo Varg—. ¡Están huyendo!

En el rostro de Erik se abrió paso una sonrisa, y descubrió que no era capaz de borrarla. Acabar con esos bichos era más emocionante de lo que había imaginado. Y el hecho de que al hacerlo servía para poner a salvo a su mujer, a su hija y al resto de terran de los asentamientos, lo convertía en algo aún mejor.

Sus cañones comenzaron a refulgir. Al principio tan solo mostraban un tono rojizo en el extremo, pero pronto se extendió hacia atrás y comenzó a brillar con mayor intensidad. El calor de la fricción de las balas debía de ser tremenda, especialmente si se tenía en cuenta el frío que hacía fuera.

—¡Esto va de maravilla, queridos vikingos! —dijo Varg.

En lugar de enterrarse en el risco, una línea de zerg avanzó alocadamente hacia el pie de la montaña. Erik los siguió con sus armas, y los hizo pedazos. Los pocos a los que no alcanzó consiguieron escapar a través de los túneles taladrados cerca de la base, y Erik redobló sus esfuerzos para tratar de hacerlos salir, y exponerlos fuera de sus escondrijos con sus balas envenenadas.

—¡Cuidado, chaval! —dijo Varg—. ¡Levanta los cañones! Si sigues así conseguirás que todo... oh, mierda.

Al hablar Varg, la superficie del risco empezó a derrumbarse. Comenzó por una pequeña sección cercana a la parte baja contra la que Erik había estado disparando. Él solo se había percatado de la enorme infestación de zerg, y de que por más balas que disparase contra ellos, siempre aparecían más criaturas que se retorcían en sus escondites subterráneos, como si no hubiera espacio para que se ocultaran todos.

Y de hecho era verdad, Erik lo comprobó cuando los primeros metros de hielo comenzaron a ceder. Los zerg que aparecieron ante su vista estaban tan apiñados que casi saltaron por los

aires cuando el hielo que los retenía se derrumbó. Entonces se apelotonaron para ponerse a cubierto como cucarachas que huyen de la luz. Pero no llegaron muy lejos antes de que el resto de la pared se derrumbara por completo sobre ellos.

Sin el hielo de la base que la sostenía, la pared se agrietó y se derrumbó, y cayó contra el suelo como una especie de combinación entre avalancha y cascada. Erik sintió el impacto incluso a pesar del aislamiento del vikingo; resonó como un trueno que parecía que no cesaría nunca. El hielo al caer se hacía añicos y saltaba por los aires, lo que formó una nube gigantesca que se elevó desde el risco como si se tratase de un maremoto de nieve.

—¡Maldita sea! —dijo Varg—. ¡Tened cuidado!

Erik había fijado ya las patas de su vikingo en el hielo para hacer frente al retroceso de los cañones gatling. Pensó que la siguiente avalancha de nieve no sería mucho peor. Tan pronto como la cosa comenzó, se dio cuenta de lo equivocado que estaba.

No se trataba de la fina nieve polvo que se levantó y le obstruía la visibilidad cuando el grupo de vikingos caminaba por el terreno. Era un material pesado y duro, pedazos de hielo que llevaban ahí desde que el planeta volvió a congelarse tras la purificación protoss. Cayó contra él como si se tratara de un tanque, desplazándolo hacia atrás y enterrándolo cada vez más profundamente.

Al principio, Erik trató de hacerle frente, se esforzó por mantenerse en pie, pero pronto comprendió que era inútil. Levantó los cañones gatling y trató de cabalgar la ola de nieve lo mejor que pudo. La marea de nieve arrastró al vikingo y, por un momento, sintió como si el transporte tratase de avanzar a contracorriente en medio de un maremoto.

Entonces todo se volvió blanco para, a continuación, volverse negro.

Que te caiga encima una avalancha es experimentar el máximo esfuerzo de la naturaleza para matarte. El ruido, un grave murmullo como de trueno que se acerca desde el suelo, tamborileó

en su interior con fuerza y rapidez, hasta que sintió como si le hubiera absorbido, como si ya formase parte de ello. A pesar de que podía respirar normalmente en el vikingo, la velocidad y la fuerza de la avalancha le empujaron contra sus amarres y le cortaron la respiración. Estaba convencido de que estaba a punto de morir, y si era así, deseaba que al menos fuese rápido. De ese modo al menos, el terror del instante pasaría rápido y se evitaría tener que soportarlo por más tiempo.

Con el miedo como acicate, Erik se esforzó por hacer que su vikingo avanzase hacia la superficie de la avalancha, empleó el bombeo de sus patas y sus brazos móviles para mantenerlo de pie como podía. Al poco tiempo, la fuerza de la nieve que se precipitaba sobre él arrancó los mandos de sus manos y le hizo perder el control de su destino. Cuando el vikingo se detuvo dentro de un enorme pedazo de hielo, roca y nieve; el ruido disminuyó, y Erik se dio cuenta de que estaba vivo... y atascado hasta el fondo.

Erik escuchó estallidos de pánico a través del sistema de comunicación. Pero no era capaz de comprender las palabras, no con seguridad. Solo sabía que la gente con la que había llegado hasta allí estaba en verdadero peligro, y él no podía hacer nada para ayudarles.

—¡Informad! —dijo Varg. Tal vez llevase bastante tiempo pidiéndolo—. ¡Dejad los malditos gritos para después e informad!

Ahora que el peligro más inmediato había cesado, Erik sintió que el miedo por su situación volvía a invadirle y amenazaba con hundirle. Escuchar la voz del oficial fuerte y clara le dio algo de esperanza a la que aferrarse.

—¡Aquí! —dijo Erik.

—Presente —dijo Olaf.

—¡Sí! —dijo Baleog.

Nadie más respondió.

—¿Antorcha? —dijo Varg—. ¡Maldita sea! ¿Antorcha?

Nada.

Entonces su voz se oyó en el sistema de comunicación, débil y suave, pero clara.

—Estoy, eh... —dijo—. Eh, aquí.

—¿Alguien puede verla?

—Yo no veo nada de nada —contestó Baleog—. Estoy enterrado del todo.

—Yo me temo que he caído —añadió Olaf con un gruñido de desagrado.

Erik observó a través de su parabrisas, pero no vio más que un fondo tenue grisáceo. Supuso que se trataba de una buena señal. Si estuviese enterrado más profundamente, la oscuridad sería completa. El hecho de que pudiera ver algo significaba que no estaba tan lejos de la superficie de la avalancha, o al menos eso esperaba.

—Sin visibilidad aquí. —Intentó mover los brazos de su vikingo. Los cañones gatling habían estado tan calientes que se preguntaba si habrían derretido algo de nieve a su alrededor. Pero en vez de eso, parecía que se encontraban atrapados en bloques de hielo de congelación instantánea—. Y tampoco puedo mover mis armas.

—Que no cunda el pánico —dijo Varg—. Todavía no estamos acabados.

—Desde luego —contestó Baleog—. A no ser que te llames Antorcha.

—Eso no ayuda. —Varg dudó un instante—. ¿Alguien tiene los controles de transformación de modo aún operativos?

Erik comprobó su monitor. Todo el panel de la sección de diagnóstico aparecía en verde, excepto las armas, que aparecían en amarillo brillante.

—Yo sí —contestó.

—Yo también —añadió Baleog—. La pata izquierda de mi vikingo está destrozada, pero la cabina sigue intacta.

—Afirmativo —dijo Olaf—. Mi cabina también está íntegra. Pero he perdido uno de mis cañones. Una roca lo arrancó de cuajo.

—Encended los motores —dijo Varg—. Si activáis la propulsión vertical se generará calor suficiente como para liberaros.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó Baleog.

El comandante gruñó.

—Yo estoy de una pieza, pero la avalancha me ha dejado boca abajo. Si enciendo el motor, tiraré para el lado contrario. Pero es posible que pueda liberarme si vosotros tres me ayudáis un poco.

—Seremos capaces, ¿verdad? —dijo Erik—. Ya hemos cumplido nuestra misión, por lo que tenemos tiempo de sobra. Y hemos hecho mucho más que distraer a los zerg. La avalancha ha debido de aplastarlos también. El tiempo está de nuestro lado.

Baleog soltó una carcajada aguda y amarga.

—¿No sabes mucho de zerg, verdad?

Erik, que se había entusiasmado de lo lindo con la avalancha hasta que lo atrapó a él también, sintió que se le caía el alma a los pies.

—¿Cómo podría haber sobrevivido algo a tal caos?

Varg soltó una risa leve, mezclada con tos. Erik se preguntó si estaría más herido de lo que había confesado.

—Los zerg son enterradores, chaval —dijo Varg—. A no ser que la caída del hielo los haya aplastado por completo, tienen todo lo necesario para volver a la superficie.

—Pero seguro que algunos han caído —dijo Baleog. Por más bronco que fuera su tono, Erik detectó un ligero atisbo de temor en sus palabras—. ¿Verdad?

—Claro —contestó Varg—. Seguro. ¿Pero todos? Ni hablar. Están ahí fuera, y están cabreados.

—Cabreados y con ganas de venganza. —La voz de Olaf pareció insignificante para un hombre de su envergadura.

Varg solo lanzó un gruñido ante eso.

Erik comenzó a activar el modo caza de su vikingo tan rápido como pudo. Siguió mentalmente la secuencia de pasos que Varg le repitió una y otra vez el primer día de vuelo. Cuando llegó a la parte en la que debía asegurarse de que la nave no estaba atrapada o retenida de ninguna manera, ya que podría provocar una sobrecarga que acabase con la explosión de los motores del vikingo, se saltó ese apartado. No tenía otra opción.

—¿Carburante desviado? Sí —enumeró en voz alta—. ¿Corte de energía en las patas? Sí.

Extendió la mano para agarrar la palanca que transformaría los brazos de su vikingo en alas. Apretó el gatillo de seguridad verde de su extremo, y después tiró de la palanca con todas sus fuerzas.

No ocurrió nada. Nada de nada.

Soltó sapos y culebras por la boca y volvió a tirar de la palanca, en esta ocasión forzando toda la espalda en el movimiento. Sintió que la palanca empezaba a ceder, pero le entró miedo de que se le escapara de las manos. Escuchó con mucha atención y le pareció oír los servos en el interior del vikingo protestar mientras intentaban liberar la nave de lo que podría ser al menos una tonelada de nieve.

—¡Estoy atascado! —dijo—. El procedimiento operativo estándar no me da resultado. ¿Alguna idea?

—Yo también estoy atascado —dijo Olaf.

—Intentad activar los reactores de despegue vertical —dijo Varg—. Solos. Cuanta menos potencia, mejor.

—¿Qué tal si desactivamos el circuito de cierre automático? —añadió Erik. Le ponía nervioso intentarlo; el circuito estaba ahí precisamente para evitar que la nave se rompiese accidentalmente. Pero en ese momento, necesitaba toda la ayuda que la máquina pudiese proporcionarle, fuese peligroso o no.

—No vendría mal —contestó Varg—. Bueno, en realidad podría haceros saltar por los aires, pero en este momento ese es el menor de nuestros problemas.

—¿Qué es eso? —dijo Antorcha—. ¿Qué ruido es ese?

—¡Antorcha! —apremió Varg—. Tienes que salir de ahí.

—Aquí, aquí hay algo —declaró Antorcha, mientras su voz dolorida se impregnaba de preocupación—. Oigo cómo araña mi nave.

—¡Son zerg! —dijo Varg—. ¡Tienes que moverte, Antorcha! ¡Haz algo ahora mismo!

Un terrible chasquido resonó en el sistema de comunicación. A Erik no le cabía duda de dónde provenía, pero aun así le sobresaltó.

—Maldita sea —dijo Baleog, con un tono tan teñido de terror que Erik tuvo que esforzarse para comprenderle—. La han encontrado.

Un grito surgió del canal de comunicación y atravesó el aire en la cabina de Erik.

—¡Apartaos de mí! —bramó Antorcha, con la voz embargada por el terror.

Después se oyó algo que sonaba como la mezcla entre chasquido, crujido y chapoteo todo en uno. Erik se estremeció.

—¡No! ¡NO! —Entonces se oyó otro terrible borboteo, algo demasiado humano, que cesó al instante.

Erik sintió la necesidad de gritar de rabia contra los zerg. No conocía demasiado a Antorcha. No había trabajado con ella antes, pero ardía en deseos de pulverizar a todas y cada una de las malditas criaturas que la habían matado.

En vez de eso, se saltó el protocolo de seguridad que incluía el circuito de cerrado automático y activó los reactores de despegue vertical. Sintió cómo tamborileaban para activarse. Es posible que fuese ya tarde para salvar a Antorcha, pero si no se ponía en movimiento, también sería tarde para salvarse a sí mismo.

—Vamos —dijo—. ¡Vamos!

Intentó mover las patas de su vikingo y comprobó que la nieve que las rodeaba se había ablandado. Probablemente se había vaporizado con el calor. Sabía que si detenía los reactores en ese momento, el hielo volvería a formarse alrededor de las patas en cuestión de segundos, y le atraparía todavía con más fuerza a la corteza congelada de Braxis.

Le dio algo más de potencia a los reactores de despegue vertical y sintió que su armadura se agitaba de la cabeza a los pies. Algo tendría que ceder pronto. Tan solo esperaba que no fuera el vikingo. Si se pasaba con los reactores, podrían fallar, y eso le mataría más fulminantemente que cualquier zerg. Al menos sería rápido.

Pero al fin y al cabo sería morir, y Erik no estaba dispuesto a rendirse tan pronto. Volvió a dar potencia a los reactores de despegue vertical, y esta vez oyó un chasquido terrible.

De pronto la luz del día se cernió sobre él, casi cegándole con su resplandor.

La nieve que se encontraba bajo los reactores de despegue vertical había pasado de sólido a vapor, y la presión provocada por esa transformación había aumentado de tal forma que propulsó el vikingo hasta que este encontró una vía de escape. En lugar de destrozar la nave, el vapor se había expandido hasta encontrar un punto en el que las capas de nieve presentaban menor estabilidad e hizo saltar por los aires esa parte.

—¿Estás bien, chaval? —preguntó Varg.

—Eso ha sonado como si la nave hubiera explotado —dijo Olaf, con la voz impregnada de asombro.

—Al menos es mejor que ser devorado por los zerg —sentenció Baleog.

Erik quería responder, pero estaba demasiado ocupado tratando de mantener su vikingo en el aire. Estaba acostumbrado a pilotar máquinas más razonables. Pasar del suelo a desplazarse en el aire de forma instantánea nunca era cosa sencilla. Incluso un experto como Varg lo habría pasado mal a la hora de sacar un vikingo desde un agujero profundo sin dar algunos giros.

Erik peleó con los mandos tratando de realizar las maniobras necesarias para mantenerse en el aire y estable. Consiguió salir del agujero lo bastante rápido, pero salió con un ángulo que le

envió de nuevo contra el hielo. Se vio obligado a bajar completamente los reactores verticales, para después luchar con todas sus fuerzas para conseguir el equilibrio necesario: se sintió como un funámbulo en mitad de un tornado.

Pero sobrevivió. Un instante después, golpeó el mando que provocaba el resto de la transformación. Las patas de la nave se recogieron y las alas se extendieron en sus hombros, lo que le proporcionó la elevación necesaria para permanecer en el aire.

—¡Estoy fuera! —dijo.

Baleog soltó un grito de alegría y Varg se unió a él.

—¡Un trabajo magnífico! —dijo Olaf—. ¿Podrías echarnos un cable?

—Dame un segundo —contestó Erik—. A ver qué puedo hacer.

Se detuvo justo antes de activar los reactores traseros. Si lo hubiera hecho estaría completamente en modo caza, lo que habría dificultado enormemente la posibilidad de volver para ayudar a los demás. Por supuesto, aterrizar sobre el hielo con el vikingo le convertiría en un objetivo vulnerable para los zerg enterrados, pero Erik sabía que no tenía opción. Tenía que intentar desenterrar a sus compatriotas.

El único problema era que no tenía ni idea de dónde estaban. La avalancha no solo había conseguido que se desorientara, sino que también había acabado con la mayor parte de sus sensores. No sabía dónde estaba, y mucho menos dónde se encontraban atrapados el resto de pilotos.

—No os veo —dijo—. ¿No podéis lanzar una bengala o algo así?

Un instante después, la nieve a unos diez metros delante de él comenzó a lanzar destellos procedentes de una fuente de luz subterránea.

—¿Qué tal eso, sirve de algo? —preguntó Olaf.

—Perfecto, veo tus faros —contestó Erik—. Voy para allá.

Movió la nave hasta el punto en que la nieve acababa de brillar, y volvió a extender las patas. Dirigió los reactores de despegue vertical hacia abajo y observó cómo la nieve se derretía debajo de ellos. Pero le resultaba difícil mirar en esa dirección, y el vikingo enterrado seguía oculto.

Erik no quería derretir todo sin ton ni son hasta que aparecieran los demás. En primer lugar, porque pronto se quedaría sin combustible y sin tiempo. Y en segundo lugar, porque tenía que tener cuidado de no derretirlos también a ellos además de la nieve. El caparazón del vikingo les protegería de parte del calor, pero no les parapetaría ante un fuego continuado.

—Si pudieses retroceder un par de metros —dijo Olaf— la cosa estaría hecha.

Erik se dio cuenta de que los faros de Olaf no estaban perfectamente rectos, sino que formaban cierto ángulo. Se alejó de la superficie de las ruinas de la avalancha y dio potencia a los reactores. Mientras se elevaba en el aire, pudo ver la parte superior del vikingo de Olaf, y el grandulón gritó de alegría.

Erik se echó rápidamente a un lado, y un instante después la nave de Olaf se elevó desde su tumba de hielo y flotó a su lado.

—¿Y los demás? —preguntó Erik—. ¿Dónde estáis?

—¡Salid de aquí ahora mismo, joder! —dijo Varg—. Esos mutaliscos tienen que estar volviendo en este mismo momento.

Erik miró hacia arriba, cosa que no había podido hacer hasta ese momento, y comprobó lo acertado de las palabras de Varg. Más arriba, una gran cantidad de zerg voladores, demasiados como para molestarse en contarlos, se acercaban hacia él. No sabía cuándo le habían localizado,

si en el momento en que salió del hielo o cuando activó los reactores de despegue vertical para liberar a Olaf. Fuera como fuese, se le acababa el tiempo.

—Aún tenemos algo de tiempo. —Erik no estaba seguro de no estar mintiendo, pero no pensaba rendirse tan pronto—. Hacedme una señal, lo que sea, y os liberaremos.

—Yo estoy atascado boca abajo —dijo Varg—, con los faros no conseguiré gran cosa. —Dudó un instante—. ¿Ves algo?

Erik observó la nieve y el hielo arremolinados. Creyó ver algo que brillaba, pero cuando acercó su vikingo descubrió que no era más que un efecto óptico causado por la luz del sol. Si estuviese más oscuro, tal vez podría ver las luces del vikingo de Varg, pero no podía quedarse esperando a que se pusiera el sol.

—¿Y las armas? —sugirió Erik. Era peligroso que el comandante disparase a ciegas, pero se estaban quedando sin alternativas.

—Las muy cabronas están congeladas.

—Yo tengo el mismo problema —dijo Baleog—, pero creo que he conseguido activar mis reactores. Dadme un momento.

—¡Agh! ¡Mierda! —exclamó Varg—. ¡Los oigo! ¡Me están destrozando el blindaje!

—¿Dónde estás? —preguntó Erik—. ¡Hazme una señal! ¡Lo que sea!

—¡Alejaos! Soy hombre muerto, pero me voy a llevar por delante a todos los bastardos que pueda conmigo.

—¡Espera! —dijo Baleog—. ¡Dame cinco segundos!

—No creo que pueda, ¡aah! ¡Han fracturado mi cabina!

Erik observó cuidadosamente la nieve que tenía debajo, pero la avalancha la había dejado sin forma reconocible alguna. Aparte de los agujeros que habían hecho Olaf y él, no veía diferencia alguna en la extensión de hielo. Lo único que sabía era que el comandante estaba ahí debajo, muriendo.

El sonido de disparos irrumpió en el sistema de comunicación acompañado de los alaridos de rabia, frustración e ira de Varg. El comandante disparó descarga tras descarga contra las criaturas, con la determinación de acabar con cuantos zerg le fuera posible. Erik supo que no se molestaría en reservarse una bala par sí mismo.

Erik sintió el irrefrenable deseo de derretir hasta el último resquicio de nieve para encontrarle y rescatarle, pero sabía que no había tiempo para ello. Lo único que Olaf y él podían hacer era elevarse tan rápido como les fuera posible.

Miró hacia arriba y descubrió un mutalisco justo encima de ellos. La enorme criatura con alas de murciélago les observó con sus ojos rojos mientras dirigía su enorme cola contra él, las fauces dentadas y abiertas del extremo se dirigían hacia él con aspecto famélico.

Olaf ya estaba transformando su vikingo al modo volador. Cuando el mutalisco se le acercó, activó sus reactores y desapareció.

Erik intentó hacer lo mismo, pero comprendió que no podría realizar la transformación a tiempo. En lugar de ello, hizo lo posible por alejarse de la criatura marcha atrás. Su única opción consistía en que el bicho no hubiese calculado bien la distancia al suelo y se estampase contra él antes de que le diera tiempo a virar para corregir su trayectoria.

Sin embargo, el mutalisco se elevó en el último segundo, dejando la parte inferior de su cola suspendida sobre la superficie nevada. Pero la criatura había estado tan cerca de estrellarse que se vio obligada a elevar la cola para amortiguar su parcial aterrizaje sobre el hielo.

El zerg rebotó como si saltase sobre la curvatura de su parte trasera, y agitó con fuerza las alas. Entonces el suelo bajo el mutalisco explotó. Y el estallido destrozó a la criatura en mil pedazos y provocó que el vikingo de Erik se deslizase marcha atrás.

Cuando consiguió volver a colocar las patas del vikingo donde correspondía, Erik quiso observar el cráter que se acababa de formar, pero sabía que ese capricho podría costarle la vida. Tras haber recibido esta nueva oportunidad de supervivencia, no pretendía desperdiciarla.

Golpeó los mandos que harían que su vikingo se elevase en el aire, y volvió a ajustarse el arnés; preparado para el golpe de inercia que se avecinaba. Miró hacia arriba y descubrió que el grupo de zerg que se dirigían hacia él se había extendido en forma de manta. Si no se movía con rapidez, le atraparían como si se tratase de una red.

El vikingo se propulsó hacia delante. Si el transporte que había pilotado para ganarse la vida era una bestia torpe, el vikingo era un rápido depredador selvático: ligero, ágil y casi imposible de controlar. Sentía cómo luchaba para escapar de su control, y sabía que si soltaba los mandos de la nave tan solo un segundo, probablemente no viviría lo suficiente como para lamentar su error.

Olaf había conseguido alejar a alguno de los mutaliscos, pero otros tantos se agolpaban en las inmediaciones de la nave de Erik. En su monitor aparecieron retículos que apuntaban directamente a dos de los mutaliscos que se acercaban, y Erik comprendió lo que debía hacer. Apretó el gatillo para soltar un par de torpedos lanzer.

A Erik le pareció que se movían prácticamente a la misma velocidad que su vikingo, por lo que temió alcanzar él mismo a los mutaliscos al mismo tiempo que la munición. Los torpedos chocaron contra las criaturas y estallaron, lanzando metralla y restos de zerg por todas partes. A medida que Erik atravesó la explosión con su vikingo, los despojos golpearon su parabrisas y los restos de ácido dejaron un reguero grabado en la superficie.

Erik no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y soltar un grito triunfal. Pero la euforia duró solo un instante.

—¿Baleog? —dijo Olaf a través del canal de comunicación. Erik divisó el vikingo liberado del piloto más allá del perímetro de superamos que se dirigían de nuevo hacia él.

—Varg derritió el hielo que me tenía atrapado —dijo el piloto enterrado—. Solo necesito un par de segundos más.

Erik miró hacia atrás y observó el hielo fracturado. Un poco más allá del cráter humeante que había dejado el vikingo de Varg, pudo ver la parte superior de otro vikingo que sobresalía del hielo. También vio a un grupo de mutaliscos que lo cubrían. Es posible que la explosión los asustase durante un instante, pero parecían recuperarse rápido de sus temores.

—No te queda tiempo —advirtió Erik mientras dirigía su nave hacia el vikingo de Baleog, atrapado entre la nieve.

—Hay demasiados —dijo Olaf. Erik vio cómo se desprendía su vikingo—. No podemos acabar con todos ellos.

—No hace falta —respondió Erik. Sabía de sobra cómo comportarse en un combate aéreo, y por primera vez en todo el día, se sentía confiado. Conocía de sobra la descarga de endorfinas que suponía un ataque en pleno vuelo, y le resultó tan agradable como siempre—. Haremos con los mutaliscos lo que Varg había planeado para toda la fuerza zerg.

—¡Eso! —asintió Olaf—. No hace falta que nos enfrentemos a todos. Solo tenemos que distraerlos y alejarlos de Baleog hasta que se libere.

—¡Exacto!

Erik se dirigió al extremo derecho de la manada de mutaliscos. A medida que avanzaba, iba soltando descargas de torpedos, una tras otra. No le importaba demasiado a qué alcanzaba, siempre que acertase a algo. En un ambiente tan cargado de blancos, sabía que no era difícil de conseguir.

Al tiempo que unos cuantos torpedos explotaban contra un grupo compacto de mutaliscos que se desperdigó debido a la explosión, Erik observó que otro par de torpedos lanzar cortaban el aire por encima de su hombro. También estos encontraron objetivos con los que incrementar el caos.

—¡Puedo olerlos! —dijo Baleog—. A los zerg. Están rompiendo mi blindaje. ¡Vienen a por mí!

—¡Aguanta! —Erik volvió a mirar hacia atrás para comprobar que Olaf volaba detrás de él: la visión dibujó una sonrisa en su rostro. Una gran cantidad de mutaliscos que previamente se acercaban a Baleog se alejaban ahora de esa sección de ataque para perseguir a Erik y a Olaf. Su plan estaba funcionando.

Una descarga de grujas dragón atravesaron el cielo. Unas cuantas pasaron casi rozando el vikingo de Erik, pero ninguna alcanzó su objetivo. Los vikingos estaban demasiado lejos, y Erik pretendía que eso siguiera así, al menos el tiempo suficiente para darle una oportunidad a Baleog.

—¡Te estamos consiguiendo algo más de tiempo, Baleog! —dijo Erik a través del sistema de comunicación—. ¡Úsalo!

—¡Los oigo ahí fuera! ¡Están penetrando el casco!

—¡Dale caña! —contestó Erik—. ¡Vamos, venga, vamos!

Durante un instante, el sistema de comunicación enmudeció, y Erik temió que las cucarachas hubieran destruido la antena de Baleog. Podrían estar descuartizándolo mientras él se desgañitaba agonizante, y Erik y Olaf nunca se enterarían. Tal vez debía considerarlo una suerte.

Entonces el hielo que rodeaba la nave de Baleog se desprendió, y un tercer vikingo se unió a Erik y a Olaf en el aire gélido. Baleog lanzó un rugido triunfal.

—¡Estoy bien! —dijo Baleog cuando alcanzó la parte del firmamento que no estaba infestado de bichos—. ¡Salgamos de aquí!

Los mutaliscos eran unos bastardos muy ágiles, y se movían con rapidez para acorralar a los vikingos. Pero los zerg no tenían nada que hacer frente a las naves terran en lo que a potencia se refiere. Erik y Olaf fueron capaces de evitar los ataques de los mutaliscos hasta que consiguieron liberarse de ellos. Pasado cierto tiempo, los pilotos volaban solos.

Una vez lejos de los zerg, trazaron un gran arco en su trayectoria para encontrarse con Baleog, que también giraba para unirse a ellos. Al cabo de unos minutos, volaban ya en formación, con Erik en la posición central y los otros dos a ambos lados de sus alas.

Erik miró la cámara de visión trasera para observar las ruinas del risco; la avalancha de hielo y nieve que había caído en su base, y las extensas columnas de humo y vapor que aún se alzaban en la zona de la explosión del vikingo de Varg. Hizo un gesto con la cabeza que dejó entrever su incredulidad. Tanta destrucción en tan poco tiempo.

—¿Crees que ha funcionado? —preguntó Baleog.

—Eso espero, la verdad —contestó Olaf—. No creo que sobreviviésemos a un incidente parecido.

—Soy el único que tiene la nave de una pieza —añadió Erik—. Podría volver y darles lo suyo.

—Olvidalo, novato —contestó Olaf—. Me acabas de salvar la vida. Si intentas volver, voy contigo.

—Creo que hemos perdido suficientes vikingos por hoy —añadió Baleog—. Volvamos a casa, al menos mientras siga ahí.

—Estoy seguro de que han dejado cuentas abiertas en la taberna —interrumpió Olaf—. Tendremos bebidas gratis hasta el día del juicio.

—Sí —añadió Erik con tono solemne. Con suerte Kyrie y Sif estarían lejos y a salvo antes de que él o cualquier otro vikingo volviesen a la base, y tendrían tiempo libre hasta que saliese el último transporte—. Tenemos amigos caídos por los que brindar, y sus historias por contar.